

# Comentarios

## PRÓLOGO A UNOS COMENTARIOS O LOS PELIGROS DEL ENSAYISMO\*

En el siglo XVIII un fraile español, escribió un libro, por lo demás poco famoso, que lleva el divertido título de *Los peligros de las tertulias*. Este libro hace juego con otro llamado, no menos extrañamente, *El chichisveo impugnado*.

Y hoy, al comenzar a escribir estas líneas, se me ha ocurrido que podía imitar al buen fraile y encabezarlas con el título que llevan. Claro es que no voy a defender un punto de Teología Moral ni nada parecido. Pero sí quiero hablar de un grave peligro que veo amenaza a la vida mental de los españoles y que ciertas personas que conozco (hombres de ciencia en su mayor parte) han visto con ojos parecidos a los míos.

Se trata, en efecto, de la superabundancia del ensayo y de la predominancia en casi todas las esferas del saber de una que podríamos llamar «mentalidad ensayística». Hablo de España especialmente.

Como es sabido, durante la primera mitad del siglo XX hubo en nuestro país grandes ensayistas, los escritores que más influjo han ejercido sobre los españoles modernos fueron cultivadores de este género. Nadie va ahora a regatear sus méritos. Lo que voy a pretender, simplemente, es señalar ciertos vicios que el género en sí tiene y que producen un tipo de actividad mental que considero pernicioso, si se registra en grandes cantidades de individuos.

El ensayo, en el mejor de los casos, es un escrito en el que se exponen pensamientos importantes de manera bella. Pero en él faltan los apoyos documentales, porque, si no, no sería «ensayo», sería un «tratado» completo.

Más corriente es que esté constituido por una serie de afirmaciones rotundas, de divagaciones y de paradojas expuestas con galanura, con fuerza expresiva, es decir, retórica. Pero que no están sujetas a medida. Cuando Unamuno afirmaba, por ejemplo, que la influencia de los gitanos en España es mayor que la de los árabes emitía un pensamiento típico de ensayista español. ¿Qué hace un lector de buena fe ante una afirmación como ésta? Encogerse de hombros y, casi, casi, reconocer que no entiende lo que quiere decir.

\* *Papeles de Son Armadans*, V, núm. XIV (mayo 1957), 161-176

En el peor de los casos -y el más común- el ensayo está constituido por una serie de falsas sutilezas (porque son eco de sutilezas anteriores), de gesticulaciones que quieren ser elegantes, de sonrisas desdeñosas, que aturden a un lector primerizo, pero que al que ha leído ya varias docenas de escritos del mismo género, le producen hastío o irritación, según el temple en que se encuentre.

Convendría que la gente joven fuera a buscar hechos e ideas en libros más complejos, más trabados que los de los ensayistas, incluso los grandes, y trabajara más intensamente por su cuenta.

En el mundo actual es difícil que una afirmación rotunda, un ergotismo, una metáfora lleven luz y claridad a mentes disciplinadas. El que se acostumbra a buscar sus conocimientos esenciales en ensayos adquiere un desdén desmedido por los datos y los hechos concretos. Ahora bien, ¿hay mayor peligro que éste en un país como España que es, sin duda alguna, el que, de todos los de la Europa occidental, puede manejar menos datos y hechos concretos sobre sí mismo?

No voy a hacer ahora una defensa del «hecho» tal como la efectuaban los positivistas (gentes que, por cierto, no observaron tantos hechos como recomendaban que se observaran). Pero sí he de sostener que a la mayoría de los españoles que trabajamos en profesiones intelectuales nos hace falta una mayor fe en los resultados de la disciplina, de la paciencia, el rigor en la observación (cada vez más complicada) y una fe menor en la dialéctica y en las formas verbales de la ideación.

Hay que volver a tener ciertas cualidades que se han perdido. En los siglos XVI y XVII -por ejemplo- los españoles, según es sabido, se distinguieron por una capacidad extraordinaria para realizar grandes empresas como viajeros, exploradores, conquistadores y colonizadores. Lo que no es tan conocido es que, a esta actividad, unieron una capacidad también grande para describir minuciosamente lo que veían y para pensar sobre lo mismo. El estudio del lado político y económico de sus empresas de exploración, conquista y colonización ha preocupado tanto, que se ha dejado como materia secundaria el análisis de los resultados científicos y humanísticos de aquéllas. Así resulta que en un libro de carácter apologético como *La ciencia española* de Menéndez Pelayo, no hay una sección dedicada a la literatura sobre viajes y menos un apartado donde se haga hincapié en la importancia de las obras de algunos españoles en el campo de la Etnología, de la Sociología, de la Antropología en general. Y, sin embargo, la materia hubiera sido apta para llevar a cabo una brillante reivindicación del tipo de las que gustaban al mismo Menéndez Pelayo y, también, para descubrir muchas ignorancias inexplicables.

Pero éste no es ahora mi tema. Yo me pregunto ahora: ¿por qué los españoles han perdido el don de la observación? ¿Por qué ahora sueñan o piensan y después buscan en el lenguaje algo que pruebe y defienda que sus sueños son realidades extraordinarias? Éste es un asunto sobre el que he discurrido varias veces sin llegar a una consecuencia satisfactoria. Pero sí creo sinceramente que hay que volver al viejo, al clásico realismo para empezar a hacer algo distinto, por muy áspero que sea el campo donde hayamos de realizar nuestras observaciones. Es decir, adoptar el punto de vista opuesto en todo, o casi todo, al del ensayista actual.

Claro es que este punto de vista se halla condicionado por muchos de los elementos básicos de la vida del país, de los que quiero hablar un poco antes de concluir. En primer término la manera de enterarse del español

culto es la de todo hombre que vive de prestado, pasivo. Así, sabe más sobre los grandes problemas de la Economía mundial que acerca de problemas de Economía española. Conoce el mecanismo de la bomba atómica, pero nada sabe de la potencia que puede tener la artillería existente en la capital donde vive. Lee revistas y libros extranjeros con un fin utilitario o «para estar al día». Sabe cuáles son los sistemas filosóficos «vigentes» y cuáles no. Pero todo lo que sabe es sabido a medias, recibido. Poco creado por sí sobre datos buscados dentro de su mundo modesto. Es un paria enterado de la vida de los grandes, que no quiere escarbar en sus pequeños problemas y miserias.

Nuestra cultura es patrimonio de una clase social modesta también en sus aspiraciones. El joven español de carrera cifra toda la ilusión en llegar a ser un alto dignatario del Estado. No piensa en poder morir en las cumbres nevadas, realizando una averiguación personal, sin reflejos burocráticos o académicos, no quiere nada en la soledad o la oscuridad, con el esfuerzo sin premio oficial.

La cuestión es «llegar a ser» en un pequeño mundo de contornos familiares en el que a los grandes hombres se les llama don Fulano o don Mengano. Que la responsabilidad de las acciones y de los pensamientos quede diluida en amistades y capillitas. He aquí el ideal. ¿Y qué mejor vía de expresión que el ensayo en medio semejante? El ensayo no puede ser atacado por sus pretensiones porque no es más que eso: ensayo. Si resulta bien dirán de su autor que tiene una cabeza fina. Si resulta paticorto o perniquebrado podrá defendérselo diciendo que hay en él punto que necesitan más desarrollo.

En ningún caso será puesto entre las obras deleznable, de puro entretenimiento, porque para leerlo hay que hacer un pequeño esfuerzo. El ensayo es una forma respetable de actividad intelectual en un mundo de burócratas. ¿Pero qué tiene que ver con la vida y con la realidad observadas por gente más potente?

Si yo alguna vez tuviera autoridad sobre jóvenes con deseos ardientes de saber, les diría: Estudiad las hierbas y flores de los campos, la vida de los animales y de los hombres, las rocas y los ríos, averiguad cuantas cosas raras y sin utilidad alguna se os antojen, embriagaos con vuestros conocimientos, estropeadlos si viene al caso. Pero no terminéis vuestra experiencia escribiendo un ensayito discreto para adquirir fama de sabios, o de sabihondos por lo menos.

Los peligros del ensayismo están en su propia respetabilidad aparente.